

Derivas regionales de la crisis de la psicología social. La subjetividad en clave histórica y social desde los aportes de la psicología de la liberación y de la psicología comunitaria

MARTÍN, Santiago Andrés.

Psicólogo. Becario doctoral de Conicet en el Instituto de Ciencias Humanas, Sociales y Ambientales (INCIHUSA) de Mendoza. Docente en la cátedra de Salud Mental Comunitaria de la Universidad de Mendoza. Estudiante del doctorado en Psicología de la Universidad Nacional de San Luis.

Contacto: santiagoomartin18@gmail.com

Recibido: 15/03/24; **Aceptado:** 09/10/24

Cómo citar: Martín, S. (2024). Derivas regionales de la crisis de la psicología social. La subjetividad en clave histórica y social desde los aportes de la psicología de la liberación y de la psicología comunitaria. *Revista Salud Mental y Comunidad*, (17), 71-86

Resumen

El artículo atiende a la crisis de la psicología social de mediados de siglo XX como un momento nodal para el desarrollo de elaboraciones regionales en la materia. Se considera que estas representan esfuerzos significativos para replantear las claves epistemológicas y los horizontes políticos de la psicología social. El artículo tiene como objetivo identificar, en la psicología de la liberación y en la psicología comunitaria, conceptos pertinentes para la construcción de una perspectiva psicosocial de trabajo en salud mental comunitaria. Específicamente, se trabaja, en un tono ensayístico, la idea de que la psicología de la liberación ofrece un horizonte de sentido signado por el carácter político de la intervención a través de la consigna de *escribir la propia historia*. Por su parte, la psicología comunitaria brinda

una herramienta conceptual importante para disolver la división individuo-sociedad, como es la categoría de *procesos psicosociales*. Ambos conceptos abren el ejercicio de la crítica a la hora de repensar la intervención en salud mental comunitaria sobre escenarios sociales convulsionados. En conjunto, estas derivas latinoamericanas de la crisis de la psicología social contribuyeron a la construcción de una perspectiva psicosocial que hoy resulta valiosa para el análisis de la subjetividad desde un punto de vista histórico y social.

Palabras Clave: psicología social - Latinoamérica - liberación - subjetividad

Regional derivations of the crisis of social psychology. Subjectivity in a historical and social key from the contributions of liberation psychology and community psychology

Abstract

The article addresses the mid-twentieth century crisis in social psychology as a pivotal moment for the development of regional elaborations in the field. These elaborations are considered significant efforts to rethink the epistemological foundations and political horizons of social psychology. The article aims to identify relevant concepts from liberation psychology and

community psychology for constructing a psychosocial perspective on community mental health work. Specifically, the essay explores the idea that liberation psychology offers a meaningful horizon characterized by the political nature of intervention through the call to *write one's own history*. Meanwhile, community psychology provides an important conceptual tool to dissolve the individual-society division, namely the category of *psychosocial processes*. Both concepts open the space for critical reflection when rethinking intervention in community mental health within turbulent social contexts. Together, these Latin American responses to the crisis in social psychology contributed to the construction of a psychosocial perspective that is valuable today for analyzing subjectivity from a historical and social standpoint.

Key Words: social psychology - Latin America - liberation - subjectivity

Introducción

La inquietud por lo social ha tenido una impronta considerable en el emplazamiento de la psicología como ciencia, incluso desde sus cimientos decimonónicos. La emergencia de una psicología social evidenció, temprano, la necesidad de un tratamiento específico,

por parte de la psicología, de las relaciones sociales en las sociedades contemporáneas. Sin embargo, hacia los años '70 del siglo XX, el carácter subjetivista que tuvo la psicología social dominante durante la primera mitad del siglo derivó en una generalizada "crisis de confianza". Esta crisis se expresó en la proliferación de distintas elaboraciones críticas que buscaron construir vías alternativas de comprensión y abordaje de lo psíquico-mental en clave social.

En América Latina se abrió un abanico amplio de posibilidades para tratar el asunto. En este marco, Latinoamérica representa, antes que una localización geográfica, un lugar de enunciación en el que nos colocamos a la hora de dar una mirada y ofrecer una lectura sobre la realidad sociohistórica que nos ocupa. Asumir la particularidad de Latinoamérica como una realidad diferencial respecto a la de otras latitudes hace patente la convicción sobre la posibilidad de pensar a partir de una realidad situada (Magallón Anaya, 2014).

Entre las derivas regionales de la crisis de la psicología social interesa destacar aquí los casos de la psicología de la liberación y de la psicología comunitaria. La intención de este artículo es identificar aportes de cada una de estas tradiciones de pensamiento para construir una perspectiva psicosocial de trabajo en salud mental

comunitaria, y, por lo tanto, para pensar el carácter crítico del rol profesional.

Este escrito es producto parcial de una reflexión en curso sobre las posibilidades de una perspectiva crítica latinoamericana en psicología social, frente a la insistente proliferación de perspectivas individuales y restrictivas en el campo de la salud mental comunitaria (Saforcada, 2010; Morales Calatayud, 1997). Si bien la idea que brega por comprender la salud mental sujeta a una serie de determinaciones sociales goza de consenso en las ciencias sociales de carácter crítico, circulan con fuerza perspectivas que la circunscriben a parámetros biológicos o psicológicos individuales, contribuyendo a privatizar problemas de orden sociopolítico (Capella, 2023).

Por el contrario, la psicología comunitaria y la psicología de la liberación comparten un espíritu crítico que guarda potencia para posicionar la salud mental como expresión de determinaciones sociales que se juegan en distintas escalas y dimensiones de una realidad asumida en términos sociohistóricos. A diferencia de una concepción individual del psiquismo, que la psicología suele abstraer de la sociedad, los estudios psicosociales se afirman en el reconocimiento del "vínculo interno fundamental por el que lo psíquico y lo

social existen y se constituyen lo uno en relación con lo otro” (Pavón-Cuellar y Orozco Guzmán, 2017, p. 141). En esa dirección, y de acuerdo con Solíz Torres, et al. (2019), “no podemos hablar de una dimensión psico-sino de una dimensión psicosocial, en tanto reconocemos y reivindicamos la subsunción de lo psicológico en lo social” (p. 43).

El artículo busca ser un itinerario posible de trabajo antes que una conclusión cerrada y espera contribuir al fortalecimiento de perspectivas atentas a los procesos políticos y económicos regionales en el estudio de la salud mental comunitaria. La inquietud que nos anima puede sintetizarse en el reconocido enunciado de Ignacio Martín-Baró sobre las preguntas que debe realizarse la psicología social:

No tanto deben centrarse en el dónde, sino en el *desde quién*; no tanto en cómo se está realizando algo, cuando *en beneficio de quién*, y por consiguiente, no tanto en el tipo de actividad que se practica (clínica, escolar, industrial, comunitaria, u otra), cuanto en *cuáles son las consecuencias históricas concretas* que esa actividad está produciendo. (Martín-Baró, 1998, p. 175)

El recorte realizado en este trabajo sugiere que, en el marco de la crisis de la psicología social, la psicología comunitaria ofreció la posibilidad de construir un objeto de trabajo que disolvía la dicotomía individuo-sociedad. Nos referimos a los *procesos psicosociales*. Por su parte, la psicología de la liberación diseñó un horizonte de sentido signado por el carácter político de la intervención. Se trata de la consigna de *escribir la propia historia*. Ambos conceptos son considerados, aquí, como herramientas que hacen visible el carácter situado, social e histórico de la configuración de la subjetividad en orden a hacer frente a la multiplicación de perspectivas individuales y restrictivas en salud mental comunitaria.

Con esta idea podemos destacar que los procesos psicológicos no se circunscriben a la individualidad intrapsíquica, sino que se constituyen, organizan y despliegan en el marco de complejas relaciones sociales de distinta jerarquía. La subjetividad se produce simultáneamente en las personas y en lo social a través de las dinámicas que imbrican la biografía con la historia o, en otras palabras, “no hay subjetividad sin la instancia histórico-social y cultural en que tiene lugar la vida, anudada en complejas redes de lazos sociales” (Ussher, 2018, p. 898).

Un marco epocal para la crisis de la psicología social

En el marco de la incipiente psicología social de principios del siglo XX, la relación entre individuo y sociedad fue tematizada como un nudo problemático central. El tratamiento de este asunto tomó, más tarde, durante la consolidación e institucionalización disciplinar en Estados Unidos, la forma paradigmática de una exploración por la manera en que pensamientos, sentimientos y comportamientos de las personas resultan influidos por otras personas (Ibáñez Gracia, 1990).

En efecto, la definición por antonomasia de la psicología social norteamericana de mediados del siglo pasado la posiciona como una disciplina que busca “comprender y explicar cómo el pensamiento, el sentimiento y la conducta de las personas individuales resultan influidos por la presencia real, imaginada o implícita de otras personas” (Morales et al., 2007, p. 6). Esta definición, al hacer énfasis en la relación de la persona con su entorno social, permitía afirmar que los procesos psicológicos no tienen lugar en un vacío social, ya que siempre hay otras personas de referencia, presentes de manera física, imaginada o implícita (Morales et al., 2007).

Sin embargo, incurre en algunas dificultades ya que se ancla en un supuesto epistemológico fundamental por el que se asume la existencia de niveles analíticos relativamente autónomos para comprender el comportamiento: el individuo con su psique, por un lado; y la sociedad con su cultura, por otro (Crespo Suárez, 1995). Si bien “se trata de objetos construidos analíticamente y no de realidades materialmente delimitadas” (p. 19), al interpretar individuo y sociedad como realidades opuestas e independientes, se asume que a las reflexiones sobre lo social no le caben inquietudes por lo psicológico, y entonces lo psicológico sería exclusivo del individuo.

Por esta vía la psicología social norteamericana profundizó cada vez más un sesgo subjetivista, que soslaya consideraciones sobre las determinaciones socioeconómicas y políticas más amplias. Lejos de contribuir, entonces, a la transformación social, se puso al servicio de una enorme maquinaria destinada a apuntalar el orden capitalista.

Aunque el proyecto moderno de la ilustración posicionó las categorías de individuo y sociedad como pilares de las ciencias humanas y sociales, distintas corrientes en psicología social evidencian límites a la hora de articular pares que se han imaginado pertenecientes

a áreas de existencia diferentes y separadas (Fernández, 1997). En ese contexto, “la psicología social queda presa de una dicotomía entre lo individual y lo social –lo psico y lo socio– que acarrea una especie de esquizofrenia incapaz de integrar en un objeto de estudio claro” (Greco Díaz, 2005, p. 351). Así es que apenas pasada la mitad del siglo XX una contundente crisis de la psicología social advino a lo largo del continente.

Es insoslayable, para la comprensión de tal crisis en clave histórica, hacer mención al contexto social y político de la época. Es que entre los años ‘70 y ‘80 advertimos un clima de época ligado a una expectativa revolucionaria de parte de una pluralidad de sujetos políticos, propia de los llamados “largos sesenta” (Zolov, 2014). En el caso de América Latina, tales expectativas se hacían cuerpo en militantes de diversas agrupaciones y también se expresaban a través de contundentes discusiones en los ámbitos académicos, que imprimían una valorización política y un sentido revolucionario a sus reflexiones (Gilman, 2003).

Al calor de álgidas movilizaciones sociales, un panorama económico acuciante y un escenario político convulsionado, emergieron de manera prolífica teorías que expresaban una conciencia social clara por parte de intelectuales que adscribían a distintas disciplinas. En el

caso de la psicología, el panorama económico y político introducía el desafío de atender y dar respuesta a una realidad socialmente apremiante que escapaba por mucho a los esquemas interpretativos derivados de perspectivas centradas en la individualidad intrapsíquica.

En ese marco, se multiplicaron las posibilidades de crítica hacia una psicología social enquistada. Para Ibáñez Gracia (1990), la crisis de la psicología social puso en cuestión la relevancia de las investigaciones, su sesgo individualista y los parámetros técnicos y éticos. A modo de síntesis podemos decir que “lo que se empieza a cuestionar es, efectivamente, los fundamentos mismos de la disciplina tal y como ha quedado constituida a través de sus orientaciones dominantes” (p. 138).

En efecto, gran parte de las características de la psicología social instituida “recibían su legitimación a partir de unos supuestos epistemológicos que perdieron su credibilidad en los años setenta” (Ibáñez Gracia, 1990, p. 144). A propósito, Greco Díaz considera (2005) que “en la fase crítica se realiza un cuestionamiento de la teoría, meta teoría y metodología del paradigma o núcleo de inteligibilidad dominante; en este caso, el positivismo empiricismo característico de la psicología social ‘oficial’ de antes de la crisis” (p. 349).

Además, Greco Díaz advierte (2005) el problema de un “encapsulamiento disciplinar” por el que “la psicología social no integra las aportaciones provenientes de ciencias como la economía, la antropología o la sociología, a la vez que se incrementa la distancia entre una psicología social individual y otra más de corte sociológico” (p. 350). Ciertamente, “por el peso de la psicología dominante alejada del contexto de desarrollo de las ciencias sociales su redefinición no fue hecha dentro de la psicología social” (Jiménez-Domínguez, 2004, p. 137), sino a través de las discusiones propias de la sociología militante, las teorías de la dependencia, la filosofía de la liberación y la pedagogía del oprimido.

Las referencias regionales en boga en ámbitos de las humanidades y las ciencias sociales contribuyeron a la indagación de la subjetividad desde perspectivas críticas, que contribuyeron a volver la subjetividad un campo de problema psicosocial. Esto es, específicamente, superar su inscripción en la clásica oposición individuo-sociedad y destacar la heterogeneidad de componentes que convergen en su producción (Fernández, 1997).

En esa dirección, distintas respuestas a la crisis, enunciadas desde América Latina, se orientaron a estudiar la relación entre el mundo psíquico y el espacio so-

cial, en estrecha relación con la dinámica política. Nos focalizamos a continuación en los casos de la psicología de la liberación y de la psicología comunitaria, para poner de manifiesto algunas de sus herramientas en el tratamiento de este asunto y la manera en que contribuyen al ejercicio de la crítica en el trabajo comunitario.

El legado teórico-político de la psicología de la liberación

Ignacio Martín-Baró fue psicólogo y sacerdote jesuita. Vivió su niñez y adolescencia en España y se unió a la Compañía de Jesús a los diecisiete años, lo que lo llevó a realizar viajes de formación en distintos lugares de Europa y Latinoamérica. A partir de 1969 se radicó casi permanentemente en El Salvador, donde tomó contacto cercano con la teología de la liberación durante su trabajo en la Universidad Centroamericana José Simeón Cañas. En 1989 fue asesinado por un grupo de tareas del ejército salvadoreño junto a cinco compañeros y dos trabajadoras (Portillo, 2012).

En consideración de Martín-Baró, la psicología social dominante de su época carecía de una propuesta auténtica y se convertía en un instrumento de reproducción de un sistema de opresión, al replicar acríticamente investigaciones de corte funcionalista centradas

en construir estrategias para la integración al orden social dado (Martin-Baró, 1990). Ahora bien, en palabras del autor, “considerar que la realidad no es más que lo dado, (...), constituye una ideologización de la realidad que termina consagrando como natural al orden existente” (Martín-Baró, 1998, p. 290). Por lo tanto, denuncia a la psicología social un “apego al programa empirista de la ciencia y a todos los supuestos e implicaciones que se derivaban de la habitual analogía entre las ciencias naturales y ciencias sociales” (De La Corte Ibáñez, 2000, p. 438).

Para Martin-Baró la psicología social se basaba en dos supuestos epistemológicos básicos: el positivismo y el ahistoricismo. Respectivamente, la impronta positivista oculta aquello que en condiciones históricamente distintas es posible y el sesgo a-historicista plantea una naturaleza humana universal que escapa a las condiciones socio-culturales y políticas en las que se sitúa. El problema denunciado por Martín-Baró se relacionaba, por un lado, con la validez y la relevancia de las investigaciones realizadas; por otro lado, con la ausencia de compromiso de parte de la psicología con la liberación de sujetos oprimidos (Vázquez Ortega, 1990, p. 266).

Dado este estado de cosas, una psicología de la liberación supone antes que nada una liberación de parte

de la psicología de los supuestos epistemológicos dominantes y de sus horizontes políticos. Al respecto, Maritza Montero (2004a) considera que la idea de liberación en la obra de Martin-Baró es central y se caracteriza por tres aspectos que expresan los distintos cursos del trabajo del jesuita a lo largo de su vasta producción escrita. Estos se detallan a continuación.

1. En primer lugar, la idea baroniana de liberación se caracteriza por “propiciar una forma de buscar la verdad desde las masas populares” (Montero, 2004a, p. 23). Se trata de una concepción de la producción de conocimiento por la que las posibilidades de construir un saber valioso para la psicología social no se circunscriben a la investigación científica disciplinar. La relevancia del conocimiento se juega en los efectos que tiene sobre el mundo de las personas que han participado en su producción.

Es que todo el proyecto de una psicología de la liberación está atravesado por la búsqueda de un “aporte significativo a la historia de nuestros pueblos” (Martín-Baró, 1998, p. 295). La psicología social debe involucrarse con la realidad social, para transformarla y construirla. Por ello, a la manera de ver de Martín-Baró, la tarea de los y las profesionales debe embarcarse en una nueva praxis, tendiente a actuar sobre la realidad ya que “sólo

transformándola, le es posible al ser humano adquirir noticias de ella” (p. 298).

2. Después, la liberación implica “crear una praxis para la transformación de personas y sociedad a partir de sus potencialidades negadas” (Montero, 2004a, p. 23). En este punto cobra relevancia el trabajo de reconstrucción de la memoria colectiva puesto que, para el jesuita, “la psicología social trata de desentrañar la elaboración de la actividad humana en cuanto es precisamente forjada en una historia, ligada a una situación y referida al ser y actuar de unos y otros” (Martín-Baró, 1990, p. 10).

Pues, una renovación de la praxis en psicología se jugaría en una actividad transformadora de la realidad que “permita conocerla no sólo en lo que es, sino en lo que no es, y ello en la medida en que intentamos orientarla hacia aquello que debe ser” (Martín-Baró, 1998, p. 299). En el trabajo de Martín-Baró, el proceso de liberación tiene como condición de posibilidad el ejercicio de la memoria histórica de los pueblos. Se trata de la asunción de una responsabilidad que mantenga viva la identidad histórica frente a los mecanismos que la ocultan o la niegan para sumir a sus actores en el fatalismo. Sólo rescatando la propia historia es posible entender al ser humano de forma situada, y no sólo “descubrir las raíces de lo que es, sino el horizonte de lo que puede llegar a ser” (p. 170).

3. Finalmente, se trata de “descentrar la atención del status científico de la psicología de sí misma, para dedicarse a resolver los problemas de las mayorías latinoamericanas oprimidas” (Montero, 2004a, p. 23). A propósito de la crisis de la psicología social dominante de la época, Martín-Baró busca correrse de los criterios que delimitan la investigación y la intervención *científica*. Insiste en que, si el estatuto científico implica abandonar la concepción de historicidad y el compromiso político, entonces la psicología social debe optar por otra vía de legitimidad.

A nuestro modo de ver, los tres aspectos se articulan en la apertura a una reflexión sobre la historicidad de las prácticas y sus efectos políticos en términos de producción subjetiva. Se trata de principios orientados al ejercicio de la crítica sobre la propia situación histórica que animan, en palabras de Martín-Baró, a *escribir la propia historia*. Y para ello, la tarea de dinamizar procesos de concientización se vuelve nodal.

El trabajo de concientización, es decir, el proceso de asumir la propia inserción colectiva y una proyección histórica situada, no es entendido solamente como una toma de conciencia sobre los procesos individuales. Es fundamental comprender el ámbito de lo personal, “no como opuesto a lo social, sino como su correlato dialéc-

tico” (Martín-Baró, 1998, p. 168). En efecto:

(...) conscientización articula la dimensión psicológica de la conciencia personal con su dimensión social y política, y pone de manifiesto la dialéctica histórica entre el saber y el hacer, el crecimiento individual y la organización comunitaria, la liberación personal y la transformación social. Pero, sobre todo, la conscientización constituye una respuesta histórica a la carencia de palabra, personal y social, de los pueblos latinoamericanos, no sólo imposibilitados para leer y escribir el alfabeto, sino sobre todo para leerse a sí mismos y para escribir su propia historia. (Martín-Baró, 1998, p. 285)

Un proceso de conscientización abre la posibilidad de escribir la propia historia en la medida en que habilita la lectura de la propia experiencia en clave histórica. Es decir, se trata de un movimiento por el que se le devuelve a la experiencia su carácter histórico, y, por lo tanto, su carácter de modificable por acción de la propia agencia, siendo lo propio colectivo y no individual.

El autor toma distancia de las perspectivas por las que el ser humano es “reducido a un organismo individual cuyo funcionamiento podría entenderse en base a sus propias características y rasgos, y no como un ser histórico cuya existencia se elabora y realiza en la tela-

raña de las relaciones sociales” (Martín-Baró, 1984, p. 25). Ahora bien, al asumir la historicidad de la experiencia, Martín-Baró abre un tratamiento de lo mental como subjetividad por el cual busca designar las variables que inscriben lo mental en una época desde el punto de vista histórico y político.

Más allá del binomio individuo-sociedad: los procesos psicosociales en la psicología comunitaria

En la emergencia de la psicología comunitaria convergieron fuerzas sociopolíticas propias de un contexto fértil para el activismo de cientistas sociales que se hacían eco del “momento histórico de ebullición y apertura al cambio social de los años sesenta” (Sánchez-Vidal, 1991). En ese marco la psicología comunitaria en América Latina se posiciona como una de las derivas de la psicología que “surge a partir del vacío provocado por el carácter eminentemente subjetivista de la psicología social” (Montero, 2004b, p. 19), y por lo tanto, “se plantea como una de las posibles respuestas a la crisis de la psicología social” de la época (p. 20).

La práctica concreta de psicólogos y psicólogas alumbrada por orientaciones provenientes de la pedagogía popular, la militancia social, etc. exigía “una re-

definición tanto de los profesionales de la psicología, como de su objeto de estudio e intervención” (Montero, 2004b, p. 20). Al respecto, el primer señalamiento referido a la definición de la psicología comunitaria “coloca a la comunidad como ámbito y sujeto del quehacer psicosocial comunitario” (p. 36).

De la mano, entonces, de las reflexiones propias de un abanico amplio de perspectivas críticas de la época, la psicología comunitaria latinoamericana asumía como propio el desafío de combinar una inquietud por lo social con principios de participación y compromiso. De esa manera la emergente disciplina se posicionó en sus comienzos como una referencia ineludible en el camino de registrar el quehacer de la psicología social en un horizonte de transformación social.

Al reformular las coordenadas de comprensión e intervención bajo estos términos, la psicología comunitaria se posicionaba como una rama de la psicología social que hace de los procesos psicosociales comunitarios su objeto de trabajo. Es decir, que la intervención comunitaria se realiza sobre la producción subjetiva de una comunidad (del Cueto, 2014) y una de las categorías recurrentes para encauzar ese trabajo es la de procesos psicosociales. En esa clave, los procesos psicosociales designan aspectos cognitivos, afectivos y motivaciona-

les que tienen efectos sobre la conducta de las personas, pero cuya dinámica arraiga en la organización general de producción y reproducción social (Montero, 2004b).

No es arbitraria la noción de *proceso* como modo de darse de tales dinámicas. Al respecto se ha señalado que “en la idea de proceso confluye la idea de movimiento: hacia adelante y hacia atrás, y a maneras de actuar, de proceder” (Plaza, 2019, p. 27). De modo tal que en la noción de *proceso* podamos incluir, por un lado, las trayectorias de sujetos, grupos y organizaciones; por otro lado, lo que deviene a partir de la interpelación, la pregunta o la incomodidad con una situación actual; además, lo que aún no es, ni es posible captar, lo que acontece, lo inesperado (Plaza, 2019).

A su vez, la psicología social comunitaria advierte un componente psicosocial que ocurre en situación y, por lo tanto, la categoría de *procesos psicosociales* expresa la intención de comprender dinámicas de interacción “específicas a ciertos contextos y culturas sobre las que se generan procesos psicológicos eminentemente sociales, irreductibles a la suma de las características psicológicas de las personas implicadas en esos procesos” (González Rey, 2014, p. 20). Se trata de procesos que, en última instancia, modulan “las relaciones mediante las cuales las personas se construyen a sí mismas y cons-

truyen su mundo de vida” (Montero, 2004b, p. 123). Es decir, que participan en la “construcción de un campo habitual de conocimiento, en el que se codifica y organiza la realidad cotidiana” (p. 123). En ese sentido, hacen al mantenimiento o a la transformación de las condiciones de vida de las personas, grupos o comunidades.

A modo de síntesis podemos decir que los procesos psicosociales representan un ensamble entre disposiciones actitudinales, psíquicas y emocionales que organizan la percepción y proporcionan un marco interpretativo típico de acontecimientos recurrentes en medio de un espacio social determinado. En conjunto, garantizan un ordenamiento compartido de la experiencia con respecto a disposiciones prácticas cotidianas, pero también con respecto a las relaciones interpersonales en curso.

Por esto último es que “son determinantes de las condiciones de resignación, inacción política y ausencia de demandas reivindicativas propias de grupos poblacionales marginales” (Solíz Torres, 2013, p. 97); o bien, son determinantes también de dinámicas de reivindicación, crítica, movilización y denuncia colectiva. En ocasiones funcionan como “mecanismos psicológicos de defensa” contra “la nocividad del proceso destruc-

tivo”, configurando “estrategias de salud mental que permiten, a las poblaciones afectadas, mantenerse en una situación de exposición ambiental y social nocivas sin sufrimiento mental aparente” (Solíz Torres, 2013, p. 96).

Sin embargo, también implican el ejercicio de un conocimiento crítico dirigido a cuestionar el carácter natural de ciertos hechos o relaciones, “revelando los mecanismos de poder que han fijado ese modo de ser, de hacer, o de comprender” (Montero, 2004b, p. 126). En esa dirección la apuesta de una intervención de orden comunitario “es la intencionalidad de crear las condiciones que permitan el surgimiento de nuevas subjetividades, en donde exista la invención de otras formas de vida” (del Cueto, 2014, p. 73). Se trata, de alguna manera, de apostar por la creación de mundos en los que tenga lugar la posibilidad de producir modos de vinculación inéditos.

A modo de cierre

Los alcances de este ensayo son limitados ya que ofrece antes un itinerario posible de trabajo que un tratamiento exhaustivo de la cuestión de la subjetividad en el cruce de la psicología de la liberación y de la psicología comunitaria. Advertimos que las reflexiones in-

roducidas en el campo de la psicología social por parte de ambas tradiciones de pensamiento son fértiles para construir una perspectiva psicosocial en salud mental comunitaria, en la medida en que permiten localizar atravesamientos sociales, económicos y políticos de la producción subjetiva. En ese sentido, las tradiciones visitadas en este artículo sintetizan esquemas de comprensión y de abordaje para el trabajo en escenarios complejos, acorde a los desafíos propios de tiempos sociales álgidos.

En la psicología de la liberación el punto de partida de la reflexión baroniana es la realidad en tanto que social e histórica. En la perspectiva de Martín-Baró, la salud mental se configura al calor de las dinámicas sociales puesto que la propia subjetividad no es escindible de la historia. Por eso considera que una transformación de la realidad en sus dimensiones social, económica y política sólo puede darse si se produce paralela y sinérgicamente una transformación personal.

El trabajo de Martín-Baró se organiza fuertemente en torno a la construcción de principios orientativos para la renovación de la psicología social bajo la idea de liberación. La noción de escribir la propia historia juega en ello un papel importante ya que sintetiza, a nuestro modo de ver, las tres dimensiones de la noción de

liberación que señala Montero. De ahí que al proponer mediar la praxis por la exigencia de escribir la propia historia, Martín-Baró inscribe el rol de la disciplina en el horizonte de la liberación.

Se trata de poner en movimiento un proceso de concientización por el que los sujetos problematizan las fuerzas que convergen en la experiencia de su propia opresión. Con esto el autor enfatiza que las relaciones de poder dominantes niegan las posibilidades de leer la historicidad del mundo que se habita, y por lo tanto, de escribirlo. Es decir: una situación de opresión sería efecto de condicionamientos económicos estructurales, pero también de la interiorización de un horizonte de sentido en el que la realidad se asume como dada naturalmente y no como histórica.

Por su parte, la psicología comunitaria emerge igualmente en medio de la búsqueda por una práctica comprometida con los desafíos sociales de la realidad concreta. En ese camino brega por la producción de conocimientos situados y por la comprensión de la subjetividad como una dinámica tanto psíquica como social. Así, proyecta una intervención centrada en la producción de condiciones que permitan el ejercicio de la crítica de los marcos que codifican nuestro mundo.

En orden a operativizar la intervención para contribuir a la transformación social y personal, la psicología comunitaria latinoamericana centró su interés en la subjetividad a través de la noción de procesos psicosociales. Esta permite dar cuenta de la imbricación entre determinaciones sociales generales y esfuerzos de sentido particulares a la hora de codificar y decodificar el mundo. Por lo tanto, representa la intención de disolver la dicotomía individuo-sociedad en la medida en que tornan visible algo de la compleja relación entre estructura social y dinámica subjetiva de modo que se vuelva capaz de ser intervenida y, por lo tanto, modificada.

Preferir una teoría de la subjetividad para aproximarse al estudio de lo mental permite construir una perspectiva diferente a la de las ontologías de la conducta o de la conciencia que han sido bases de la edificación de la psicología. En otras palabras, “la subjetividad nos ofrece la oportunidad de visualizar procesos de la psique humana que han estado ocultos al orden conceptual impuesto por el comportamentalismo y por las teorías esencialistas de la mente humana” (González Rey, 2008, p. 34).

A propósito, las reflexiones en la psicología de la liberación y en la psicología comunitaria parten de una

realidad situada y conflictiva para proyectarse hacia el compromiso con la transformación de las condiciones que actualizan la opresión. Los aportes de cada una de estas tradiciones de pensamiento hacen de la psicología social un campo fértil para reflexionar sobre la subjetividad en clave psicosocial, en la medida en que facilitan herramientas para pensar la configuración de lo mental en clave histórica y política.

Bibliografía

Capella, M. (2023) Salud Mental Colectiva y Determinación Social: Posibilidades Paradigmáticas. *Quaderns de Psicologia*, 25(2). <https://doi.org/10.5565/rev/qpsicologia.1935>

Crespo Suárez, E. (1995). *Introducción a la psicología social*. Editorial Universitat.

De La Corte Ibáñez, L. (2000). La psicología de Ignacio Martín-Baró como psicología social crítica. Una presentación de su obra. *Revista de Psicología General y Aplicada*, 53(3), 437-450.

Del Cueto, A. M. (2014). *La salud mental comunitaria: vivir, pensar, desear*. Fondo de Cultura Económica.

Fernández, A. M. (1997). Notas para la constitución

de un campo de problemas de la subjetividad. *Investigaciones en Psicología. Revista del Instituto de Investigaciones de la Facultad de Psicología*, 2(3).

Gilman, C. (2003). *Entre la pluma y el fusil. Debates y dilemas del escritor revolucionario en América Latina*. Siglo XXI Editores.

González Rey, F. (2008). Subjetividad y psicología crítica. En B. Jiménez-Domínguez (Comp.), *Subjetividad, participación e intervención comunitaria: una visión crítica desde América Latina* (pp. 25-46). Paidós.

González Rey, F. (2014). Dilemas epistemológicos actuales en psicología comunitaria. En Flores Osorio, J. M. (Coord.), *Repensar la psicología y lo comunitario en América Latina*. Universidad de Tijuana.

Greco Díaz, A. (2005). Cambio discursivo en la psicología social: una revisión de la crisis a la luz de los planteamientos epistemológicos actuales. *Miscelánea Comillas*, 63(123), 337-366.

Ibáñez Gracia, T. (1990). *Aproximaciones a la psicología social*. Sendai Ediciones.

Jiménez-Domínguez, B. (2004). La Psicología Social Comunitaria en América Latina como Psicología Social

Crítica. *Revista de Psicología*, 8(1), 133-142.

Magallón Anaya, M. (2014). Filosofía y pensamiento crítico de la actualidad. *De raíz diversa. Revista especializada en estudios latinoamericanos*, 1(1), 41-65. <https://doi.org/10.22201/ppela.24487988e.2014.1.58206>

Martin-Baró, I. (1984). Guerra y salud mental. *Revista de Estudios Centroamericanos*, 39(429-430), 503-514.

Martin-Baró, I. (1990). *Acción e Ideología. Psicología Social desde Centroamérica*. San Salvador: UCA Editores.

Martin-Baró, I. (1998). *Psicología de la liberación*. Madrid: Editorial Trotta.

Montero, M. (2004a). Relaciones entre Psicología Social Comunitaria, Psicología Crítica y Psicología de la Liberación: Una Respuesta Latinoamericana. *Psyche*, 13(2), 17-28.

Montero, M. (2004b). *Introducción a la psicología comunitaria*. Paidós.

Morales Calatayud, F. (1997). *Introducción al estudio de la psicología de la salud*. Editorial UniSon.

Morales, F., Gaviria, E., Moya, M., y Cuadrado, I. (2007). *Psicología Social*. McGrawHill.

Pavón-Cuellar, D., y Orozco Guzmán, L. (2017). Estudios psicosociales: entre el psicoanálisis, la psicología crítica y todo lo demás. *Polis: Investigación y Análisis Sociopolítico y Psicosocial*, 13(2), 139-163.

Plaza, S. (2019). Apuntes sobre Psicología Comunitaria. En Barrault, O., Chena, M., Díaz, I., Muro, J., y Plaza, S. (Coords.), *Tramas que insisten: debates en psicología comunitaria*. Omar Andrés Barrault.

Portillo, N. (2012). The life of Ignacio Martín-Baró: a narrative account of a personal biographical journey. *Peace and Conflict: Journal of Peace Psychology*, 18(1), 77-87. <https://doi.org/10.1037/a0027066>

Saforcada, E. (2010). Salud pública: perspectiva holística, psicología y paradigmas. En Saforcada, E., de Lellis, M., y Mozobancyk, S., *Psicología y salud pública: nuevos aportes desde la perspectiva del factor humano*. Paidós.

Sánchez-Vidal, A. (1991). Psicología comunitaria: origen, concepto y características. *Papeles del Psicólogo*, 50.

Solíz Torres, F. (2013). Procesos psicosociales en recicladores(as) del basural a cielo abierto de Portoviejo. *Revista Latinoamericana de Psicología Social Ignacio Martín-Baró*, 2(2), 91-123.

Solíz Torres, F., Vélez, C., y Maldonado Campos, A. (2019). *En tiempos de petróleo: Salud psicosocial en niños, niñas y adolescentes de las comunidades en las que operó Texaco*. Universidad Andina Simón Bolívar.

Ussher, M. (2018). La clínica comunitaria: desafíos y complejidades. *Conceptos. Boletín de la Universidad del Museo Social Argentino*, 93(504), 71-98.

Vázquez Ortega, J. J. (1990). Compromiso social y político en la psicología social de la liberación de Ignacio Martín-Baró. *Polis. Investigación y análisis sociopolítico y psicosocial*, 0(1), 263-289.

Zolov, E. (2014). Introduction: Latin America in the global sixties. *The Americas*, 70(3), 349-362. <https://doi.org/10.1353/tam.2014.0016>